

LA  
PALIDEZ  
DE LOS  
OJOS  
NEGROS

ALEXANDRA CÁRDENAS



LA  
PALIDEZ  
DE LOS  
OJOS  
NEGROS

ALEXANDRA CÁRDENAS



EDICIONESKIWI

EDICIONES KIWI, 2023  
Publicado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONES**KIWI**

Primera edición, octubre 2023  
IMPRESO EN LA UE  
ISBN: 978-84-19939-07-4  
Depósito Legal: CS 726-2023  
© del texto, Alexandra Cárdenas  
© de la cubierta, Borja Puig  
Corrección, Carol RZ

**Código THEMA: FR**

Copyright © 2023 Ediciones Kiwi S.L.  
[www.edicioneskiwi.com](http://www.edicioneskiwi.com)

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

Contacta con CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

**NOTA DEL EDITOR**

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

A Florencia,  
por acogerme entonces y por hacerlo ahora.  
A Lorenzo,  
por buscarme hasta encontrarme.



Cuando cumpla mi condena, y la lluvia apague el sol.  
Cuando pase tu melena, y ya *na* me cause pena...  
Y no conozca ni mi voz.  
El aliento fatigado, de cantar tu nombre al sol.  
Paso lento, acelerado, hoy mi rumbo no ha cambiado,  
*vamo* bailando a tu son.  
Ay, ay, rui señor, tengo pena al corazón.  
Cuando pase tu melena, y ya *na* me cause pena...  
Y no conozca ni mi voz.

*Ya mi mama me decía*  
**Guitarricadela fuente**



# **PRIMERA PARTE**

*Florenxia, en la actualidad*

# 1

## *Y no había sido la primera vez*



Aunque cerrara los ojos con fuerza hasta ver estrellitas y lo deseara con todas sus ganas, era insuficiente: la brisa no existía, allí no corría aire ninguno.

Valentina se resignó, alejándose de la ventana para observar las cortinas verdes a juego con la mesita de noche de la habitación de su hermana. Tenían rayas negras muy finas que las recorrían verticalmente. Eran horrendas, como el biombo de ratán que dividía la falsa habitación y el minúsculo comedor compartido con la cocina abierta. Se sentía asfixiada en aquel lugar; sacar la cabeza por aquel orificio del edificio no había ayudado. La aplicación del móvil señalaba los treinta y un grados aquella mañana, y sentía las perlas de sudor bajo la tela de su camiseta comenzando a pegar el algodón a su piel.

Era una sensación asquerosa.

Resopló, recordando la conversación mantenida con su padre hacía pocos minutos: «Puedo hablar con tu madre y buscamos una solución. Martina es una chica... curiosa», le había dicho el hombre, después de que ella le comentara cómo iban las cosas con su hermanastra.

Valentina tenía en mente muchos más adjetivos que también podían traducirse a lo que su padre había querido insinuar con «curiosa». Lo había entendido. Y ninguno de los dos había querido profundizar en el tema. La verdad era que no la recordaba muy diferente a como la encontró de vuelta a Florencia. Su hermana mayor había sido un interrogante durante la mayor parte de su edad consciente. Su madre le hablaba de ella, e incluso habían hecho viajes para mantener una relación cordial. Para conocerse y estrechar lazos: algunas celebraciones de Navidad, videollamadas en cumpleaños, vacaciones planeadas y veranos a caballo entre la Toscana y su querido Milán.

Era el momento de estrechar más lazos todavía. Hacía solo dos semanas que Martina le había abierto las puertas de su diminuto apartamento para que ella pudiera escapar de la tormenta del divorcio, que amenazaba con llevársela junto a sus padres. Durante los divorcios no solo se pierden los papeles, también se lidian peleas por la custodia, dividir los gastos, vender la casa en la que había crecido... Una ruina de la que Valentina necesitó huir. Por eso había hecho las maletas, haciendo de tripas corazón, dispuesta a viajar cinco horas intercalando trenes con varios autobuses.

Analizando la situación, semanas después, estaba bien, no había sido tan difícil. Solo tuvo que sentarse con sus padres después de haber estado llorando durante toda una noche. Y les dijo que había elegido a una desconocida para no seguir sufriendo. Entendía que los adultos tienen derecho a equivocarse y a rehacer sus vidas, de modo que no quiso ser ese peso que desequilibra la balanza. Era absurdo querer más a mamá o a papá.

Echando la vista atrás, a aquella charla en la penumbra de la cocina, no entendió cómo sus padres accedieron a aquello.

La primera caja que Valentina llenó para la mudanza fue la única que llevó. Martina le había dicho por videollamada que su apartamento era enano y que no podía llevar muchas cosas, pero que estaría encantada de que se mudara con ella. No compartían

una relación de hermanas al uso, pero ambas querían intentarlo. El primer paso era evidente que lo había dado la mayor, abriendo las puertas de su hogar. Y el segundo también. Cuando Valentina atravesó la puerta del apartamento, puso un pie en la entrada, la cocina y el comedor. Todo a la vez. Y a la derecha ya no había salón, como le había dicho su hermana.

—He vendido el sofá y he puesto mi cama, así dejo la habitación libre para ti. Es muy pequeña, y si lo piensas, he salido ganando —le dijo, guiñándole un ojo.

Era maja y ocho años mayor que ella. Encima, poseía un gusto extraño, difícil de definir.

Negando con la cabeza mientras se abanicaba con la mano, Valentina dio varias vueltas sobre sí misma. El vestido de volantes se elevó un poco, y agradeció la pequeña brisa que le acarició las piernas. Aquel vestido amarillo lleno de girasoles había sido una de las pocas prendas que decidió que formara parte de su nueva vida sin sus padres, en otra ciudad. Los girasoles y el sol le transmitían una extraña paz que necesitó llevarse consigo; de lo poco que le daba consuelo a esas alturas.

Dejó de moverse para mirarse en el espejo detrás del biombo, en una esquina de la habitación, e hizo una mueca con los labios. A su madre no le gustaba que hiciera ese gesto con la boca. Inmediatamente se retractó, irguiéndose y soltando los volantes del vestido como si su progenitora, en cuestión de segundos, pudiera salir de cualquier parte de la casa para regañarle.

—Mamá no está aquí. No están aquí, tranquila —se dijo. Alisó la tela contra sus muslos, pero los volantes recuperaron su forma hacia arriba, queriendo desafiarla.

No estaba tranquila, sentía que tardaría demasiado tiempo en estarlo.

Miró el móvil por quinta vez desde que había colgado la llamada con su padre. Esperaba su ansiada caja de la mudanza y el reparador debía de estar al llegar. O eso le había dicho la notificación de mensajería que había recibido.

Cuando estaba distraída por el color oscuro de sus ojos en su reflejo del espejo, llamaron al timbre. Valentina dio un respingo y, tratando de correr hasta la puerta, chocó de bruces contra el biombo.

—Joder, joder! ¡Ya voy! —Se hizo oír tras el estruendo. No tardó en abrir la puerta en una exhalación.

El mensajero retrocedió por la brusquedad, fue cuando le dedicó una mirada de extrañeza. Llevaba su caja abrazada a la cadera con un brazo y una bolsa azul marino colgando del hombro contrario. Sin pensarlo, Valentina extendió los brazos para recuperar lo que era suyo. En cuanto el hombre le pasó su tesoro, notó montones de lágrimas haciendo que le escocieran los ojos, pero se mantuvo todo lo entera que pudo.

—Está bien, *girasole*. Tienes que firmar aquí y aquí —le dijo el hombre, tendiéndole una carpeta con su hoja de entrega y un bolígrafo al que se le habían borrado las letras de la compañía de reparato. Le señaló las casillas donde tenía que estampar su aceptación.

—Oh, vale. —Tuvo que dejar la caja en el suelo para firmar. Hizo el garabato lo más rápido que pudo y devolvió la hoja y el bolígrafo manoseado por no sabía cuánta gente. Reprimió un escalofrío—. Ya está.

Cinco segundos después, el repartidor la había dejado sola en aquel pasillo de techo altísimo y paredes blancas desconchadas.

Valentina se arrodilló al lado de la caja. Y fue entonces cuando comprendió que no podría correr a su nueva habitación para tratar de recomponer un poco su vida con piezas de lo que ya consideraba su pasado. Sobre esta, el mensajero había olvidado un par de sobres marrones que parecían estar rellenos de papel de burbujas.

Comprobó la dirección suspirando: era errónea.

No tardó en dejar la caja sobre la mesa del comedor. Después cogió el móvil, las llaves y abandonó el piso con los sobres bajo el brazo. El navegador del móvil decía que el destino de los paquetes estaba solo a un minuto de su posición. Asumió entonces que sería en una de las casas del edificio. No era un lugar muy grande, por lo

que no sería muy difícil encontrarlo. Como los paquetes no cabían en los buzones del portal, lo mejor sería dejarlos sobre el felpudo. Sí, eso haría.

La aplicación le indicó que debía bajar las escaleras. Necesitó toda su atención para no caerse, pues los escalones parecían hechos del mármol blanco más resbaladizo con el que se había topado en su vida; exacto al que había podido ver en algunas esculturas de la ciudad.

Volvió a tomar aire. De nuevo, alisó los volantes del vestido. Era absurdo, pero se sentía reconfortada al hacerlo.

En la entrada del portal, la recibió el enorme espejo de tres piezas con marco dorado que tanto le había enamorado al entrar en aquel lugar. Le encantaba mirarse al espejo, pero no por vanidad: había crecido a través de su reflejo. Cada vez que la dejaban sola en casa, cuando no querían jugar con ella en el recreo. O cuando no era capaz de hacer amigos. Siempre se había tenido a sí misma en los reflejos y en los cristales.

Se saludó simbólicamente antes de salir. Y, de nuevo, aquella mueca con los labios, que volvió a ignorar como si no fuera importante.

El sol era abrasador; sintió los pellizcos de calor sobre la piel de sus hombros, y tuvo que hacer visera con la mano libre para poder situarse. La pantalla del móvil le indicó que girara a la izquierda, por lo que tomó la esquina y siguió recto cinco metros. No tardó en llegar a su destino.

Valentina alzó la vista hacia el letrero sobre su cabeza y puso los ojos en blanco al reconocerlo. Era la pizzería donde su hermana la llevó a comer el primer día.

Representó un baile ridículo mientras se decidía entre acceder al local o volver sobre sus pasos. Aquella excursión no estaba en sus planes del día. No quería encontrarse con nadie.

De nuevo, los ojos en blanco.

Aquel primer día, su hermana había flirtado con uno de los hijos del dueño. Andrea, lo había llamado. Luego estaba el otro, el

que parecía esconderse detrás de la caja registradora, con su pelo rubio despeinado y un lápiz en la oreja, como el repartidor que le había dejado los estúpidos paquetes equivocados.

Valentina no quería que la viera. Tampoco quería encontrarse con Andrea. Era, posiblemente, una de las chicas más inseguras de la tierra, pese a que cuando se miraba en el espejo no encontraba motivos para serlo. Se quería a sí misma, estaba segura de ser la mujer que era, pero no le gustaba compartirlo con la gente. Tenía miedo de que derribaran la confianza que el tiempo y ella habían construido. Y el chico que aquel día daba violentos golpes sobre una bola de masa, comprendió, era capaz de derribar su confianza si levantaba la mirada y la encontraba parada en mitad del local.

Y pensar aquello le pareció ridículo.

Era tonta de remate.

Bajó la vista a los volantes del vestido. Fue un error. Cuando levantó de nuevo la cabeza, los ojos del chico se clavaron en los suyos. Tenía las mejillas rojas por el esfuerzo y algunos mechones claros sobre la frente. Durante unos segundos, el muchacho dejó los labios separados, como embobado, mientras parecía evaluarla en silencio. Tenía unos ojos azules oscuros que le daban un aire más juvenil de lo que seguramente era; hipnóticos. El pizzero meneó la cabeza levemente para apartarse el pelo de la cara. Acto seguido, apretó los labios y carraspeó antes de volver a propinarle un puñetazo con furia a la masa. Fue inevitable que levantara harina con el gesto, y Valentina vio los músculos de su mandíbula tensiarse por el esfuerzo. Parecía cabreado.

—¡Papá! Atiende a la chiquilla —exclamó, apartando la mirada de ella.

—¿Y Andrea? —se escuchó una voz ronca a espaldas de Valentina.

Esta dio un salto sobre su sitio al mismo tiempo que el hombre la rodeaba, igual de sorprendido. Llevaba un mandil blanco lleno de harina y restos de salsa de tomate, y tenía aquellos ojos azules

idénticos a los del chico que aporreaba la masa como si le fuera la vida en ello.

—Estará fumando —contestó el chico de la barra, refiriéndose a su hermano—. Cuando lo veas, dile de mi parte que le voy a partir la cara. No sé cuántas veces voy a tener que decirle que deje esa mierda.

—Lucca —bramó el hombre—, esa boca. ¿Quieres vaciar el local? —Se giró hacia Valentina. Su mirada se iluminó como si la reconociera—. ¡Vaya! ¿Otra vez aquí? Parece que no tenéis suficiente. Deja que el gandul este trabaje un poco, *bella*. Vuelve a las diez, entonces lo dejaré irse un rato. Ya sabes que los sábados son ajetreados. Quédate si quieres una margarita. Lucca tiene varios pedidos que atender.

—Papá —el chico había dejado la masa a un lado. Miró al hombre con el ceño fruncido y las mejillas aún coloradas—, ¿qué dices? —Sus ojos azules fueron de Valentina al hombre.

Sin perder tiempo, el dueño del local retrocedió para fijarse mejor en ella. En esos segundos eternos, Valentina notó sus mejillas arder como si el calor del sol emanara de ellas. La había confundido con otra. Con alguna chica que iba a aquel sitio a ver a Lucca.

—Oh, ¡perdona, preciosa! Te he confundido, seré idiota. *Mi scusi*. Ya las confundo a todas —masculló para sí mismo, abanicándose con una carta plastificada que mostraba la oferta de *pizzas*. Miró a su alrededor. Su hijo sacudió la cabeza, esta vez esbozando una sonrisa socarrona que le provocó un pequeño hoyuelo en la mejilla.

Valentina tragó saliva. Pese a que luchaba por evitar que aquella nueva mirada se colara en su campo de visión, su subconsciente seguía buscándola de reojo.

—Se han confundido con el correo —soltó todo lo rápido que pudo. Tendió los paquetes para salir de allí cuanto antes.

El dueño del restaurante los recogió intrigado.

—¿Ya habéis vuelto a cogerme la tarjeta de crédito? —Miró a su hijo, indignado.

La sonrisa de Lucca se hizo más grande. Miraba la bola a la que le daba forma siendo consciente de que los ojos de Valentina se desviaban hacia él. Tenía toda su atención.

—Espero que no sea el vapedor que el gilipollas de tu hijo quería pillarse. Como sea eso, te juro que lo mato, de verdad. Se va a tragar el tabaco y el chisme ese. Todo junto.

—¿Y te hace gracia?

—Sí, mucha. —Otra vez, con la palma de la mano, aplastó la bola contra la barra. El sonido de la piel contra la masa sonó como si doliese. Valentina dio otro respingo.

—Perdona, niña. No quería ser descortés. Olvida que ese ingrato es el que me ayuda con las *pizzas*, te prometo que están buenisimas. Te invito a una cuando quieras por el bochorno. Gracias por traer los paquetes.

—No, no, no... No hay problema.

Iba a decirle que ya había probado la comida y que vivía en el edificio, justo encima. Pero no pudo articular palabra. Prefirió dejarlo estar antes de que el calor por la vergüenza la hiciera explotar.

Aún detrás de la barra, Lucca se mordió el labio. El pelo le cayó sobre los ojos cuando ladeó la cabeza. El hoyuelo en la mejilla derecha todavía permanecía.

Sin poder dejar de observarlo, ni de desviar la mirada hacia sus labios carnosos, Valentina notó el corazón tan acelerado que creyó que podría atravesarle el pecho si no hacía algo. No, no podía dejar de mirarlo. Y eso hacía que sus mejillas quemaran como el fuego.

Lucca, ese era el nombre que llevaba uno de los paquetes.

—¿Tú que has pedido? —preguntó el padre, revisando el sobre encima de la pila. Se lo tendió al muchacho.

—Condomes —respondió este. Y la miró con descaro.

De aquella manera tan sencilla y espontánea, le robó la seguridad. Eso fue lo que Valentina sintió. Le fallaron las piernas y no fue capaz de girarse para salir corriendo.

Si la viera Martina...

—Será posible —escuchó que mascullaba el hombre, ignorando el comentario y negando con la cabeza—. Soy Ezio —terminó presentándose—, y ese subnormal de ahí será desheredado algún día.

Valentina aceptó su mano.

—Gracias —masculló Lucca—. No es mi sueño heredar uno de tantos imperios de la *pizza* de la Toscana.

—No, claro. Tú eres más de vinos —rio su padre.

—*Bravo, papà.*

Sin perder tiempo, Ezio le tendió a la muchacha una tarjeta de fidelización con seis sellos estampados, que rellenaban todos los espacios disponibles. Tenían forma de porción de *pizza* de *pepperoni*.

—Vuelve cuando quieras, estás invitada. Enseña esta tarjeta si no estoy, no quiero que nadie te cobre.

—Tranquilo, no me voy a olvidar de ella.

Valentina hizo como que no escuchó aquel último comentario. Estaba claro que Lucca se había percatado de lo nerviosa que estaba y solo quería incomodarla aún más. Por una vez, la técnica de alisar el vestido no funcionaba. Estiró el cuello y el crujido de sus propias vértebras la devolvió a su sitio. Sus pies en las Superga viejas pesaban como si se hubiera hundido en la arena mojada de la playa. Mientras se arrastraba hacia la calle, pudo notar la quemazón de aquella mirada curiosa sobre su coronilla.

Y no había sido la primera vez.

## 2

«*Las locas somos irresistibles, girasole*»



Martina examinó el contenido de la caja con pena. Después miró a su hermana conteniendo el mismo sentimiento. Tenía los puños sobre el pecho y los labios rectos en una fina línea. No sabía qué decirle.

—Me dijiste que trajera pocas cosas —se justificó Valentina, incómoda por aquella reacción.

—Lo sé. —Martina inspiró con fuerza—. Es que me parece... Me pareces demasiado valiente. Eso es todo. —Dejó caer los brazos a ambos lados de su cuerpo, soltando un suspiro.

—No, no es todo. Dilo, te parece que solo he traído chorradas, ¿verdad?

—No soy yo quien tiene que valorar las cosas que hay dentro de esa caja. Tú eres la que tiene que ponerlo todo en orden. —Se alejó un par de pasos de la mesa.

—Sí. —Valentina se cubrió la cara con las manos—. Tengo que poner orden.

—¿Y sabes cómo va mamá? —Martina al fin se sentó en la mesa frente a ella. Dejó de mascar el chicle que llevaba rato dando vueltas y con el índice y el pulgar hizo una bola con él para pegarlo en la etiqueta de la caja.

Valentina contó hasta tres despacio para no explotar. Estaban en proceso de establecer sus límites, solo tenía que explicarle a su hermana que no podía pegar chicles mascados en todas sus cosas.

—Va bien, ¿no te ha llamado? —contestó, tragándose un resoplido.

—Sí, pero lo omite todo el tiempo. El divorcio —concretó Martina. Jugueteó con uno de los anillos dorados de su dedo anular.

—Es duro.

—Sí, tiene que serlo —suspiró de vuelta—. ¿Cuántos años llevaba con tu padre?, ¿quince?

—Tengo diecinueve años, eso quiere decir que llevaban mucho juntos. —Valentina la miró sorprendida.

—Sí, supongo.

—Podrá superarlo. —Valentina la ignoró—. Pero papá, no sé. El cambio de trabajo, vender la casa... Creo que todo esto es demasiado para él —meditó en alto.

—Perder a su niñita... —La voz de Martina se extinguió al final de la frase.

—No me ha perdido.

—No, pero no es lo mismo. Ya sabes lo que digo, seguro que no le hace ni pizca de gracia que te hayas venido a vivir aquí, ¿a que no? Me lo imagino fumando como un loco. Estará subiéndose por las paredes, encogido en alguna de sus camisas amarillas gigantes, con sus gafillas doradas resbalando de su nariz todo el tiempo.

—No te rías. No es gracioso.

—Perdona. —Bajó los pies de la mesa—. ¿Y quién estaba en la pizzería cuando has ido? ¿Estaba Andrea? ¿Ha preguntado por mí?

Valentina intuyó que el brillo en los ojos de su hermana escondía algo más profundo de lo que aparentaba con sus expresiones de tipa dura.

—No —respondió, tajante.

Ante la respuesta seria, su hermana se reclinó con los codos sobre la mesa. Apartó la caja unos centímetros para poder mirarla sin

problemas. El cartón emitió un sonido rasgado que les puso los pelos de punta. Ambas apretaron los dientes de manera inconsciente.

—Ah, entiendo.

—¿Qué entiendes? Lucca dijo que estaba fumando.

Martina sonrió de una forma horrible.

—Eso es. Lo has conocido oficialmente —rio. Chasqueó la lengua contra su paladar.

—Sí, el dueño del local es muy amable. Y gracioso. Me ha regalado una tarjeta con sellos para comer gratis —resolvió Valentina, imaginando hacia dónde iban los tiros, y evitándolos a toda costa.

—¡No jodas! A ver. —Martina se puso en pie para seguirla, extendiendo un brazo hacia ella.

—No, es mío —protestó Valentina en respuesta, quien pestañeó varias veces al ver el extraño tatuaje incompleto que su hermana tenía en el antebrazo derecho: una especie de semicírculo con una esfera negra dentro. Prefirió dejar su comentario para otra ocasión.

—Te lo voy a decir una vez, ¿*okey*? —Valentina asintió, siguiendo la mirada brillante de Martina. Su hermana, de repente, había asumido su rol de madura—. Andrea es mío, ni lo mires. Lucca es gilipollas, puedes mirarlo, pero no te emociones. Lo digo en serio, ese muchacho tiene problemas de ira o lo que sea. Además, eres demasiado guapa para él. Me niego.

—Gracias, supongo. Pero creía que tú ya estabas... Ya sabes, en pareja.

—Qué va. —Hizo un gesto negativo con ambas manos.

—Ah.

—De todas formas, Leo y yo no conseguimos arreglar las cosas.

—Pero la semana pasada pareció que sí.

—Fue un polvo, Valentina. Ya está. No estamos atados para siempre por eso. No me lo repitas más, por favor. —Se alejó de la mesa después de poner los ojos en blanco.

Cuando hacía eso, Valentina se veía reflejada en ella. Tenían la misma manía, que ambas habían heredado de su madre.

—Si no quieres que te lo repita más, abstente de meter a ese tío en tu cama mientras yo esté en mi habitación. No es agradable. Ni a ese, ni a ningún otro —puntualizó, cayendo en la cuenta—. Por favor.

—Te dije que te pusieras música, te di el aviso. Tú puedes hacer lo mismo cuando traigas a alguien a casa. No te lo voy a prohibir.

—No hará falta. —Apartó la mirada, sonrojada por segunda vez aquel día.

—Claro, tienes diecinueve años. Qué cosas tengo, ¿no? Estamos hablando de algo disparatado.

—Me refiero a que te respeto, y hacer eso me parece una falta de este.

Martina se cruzó de brazos.

—Otra vez dándome lecciones —rio—. Más te vale espabilar aquí o te acabarán comiendo. —Hizo una pausa—. Los carteristas son los primeros. Ándate con ojo. Cuando alguien te diga cosas bonitas al oído, cántale las cuarenta antes de que te haya robado hasta las bragas.

—Lo haré. —Era la decimoquinta vez que se lo decía.

—Y sal a que te dé el aire. —La vigésima.

—Déjame en paz, ¿vale?

—Invítame a comer abajo y te dejo en paz. Yo lo hice. —La mayor cruzó los brazos sobre el pecho y se encogió de hombros.

—Era mi primer día —masculló Valentina con reproche.

—Y yo te regalé la visión de los hijos de Ezio. Me lo tienes que agradecer.

—Estás loca.

—Ya, y aun así has venido a vivir conmigo. Las locas somos irresistibles, *girasole*.

Pensando en aquel apelativo, Valentina se encontró de nuevo frente al espejo, tratando de alisar su vestido. Su hermana y el repartidor lo habían usado para referirse a ella por culpa del estampado de la tela. Se preguntó si a partir de ese momento la llamarían como el estampado de su ropa. Podía probar a ponerse alguna

camiseta con nubes, focas o cactus. Sería una anécdota graciosa si la regla se cumplía.

—¿Qué vas a hacer mañana? —preguntó volviendo a por sus cosas, dispuestas sobre la mesa. Como su hermana, echó una triste mirada dentro—. Puedes acompañarme a dar un paseo y me enseñas esto. Me apetece.

Pero Martina torció el gesto.

—Me viene bien que salgas mañana, Leo va a venir —soltó sin mirarla.

—Entiendo.

—Pero, si te da morbo, puedes quedarte —comentó de forma desinteresada, observando el color fucsia de sus uñas.

—¡Eres una asquerosa! —Con un movimiento de la cadera, Valentina hizo que la puerta entornada de la habitación terminara de abrirse. Obvió la risa enloquecida de su hermana y cerró con una patada, quedándose sola en la estancia, con sus cosas apretujadas contra el pecho y los labios demasiado apretados.

Reprimió un fuerte impulso de llanto.

Contó hasta cinco. No sabía por qué, pero, desde pequeña, esa técnica le había servido para mantener el control. Quizá, de manera inconsciente, lo copió de su padre. Un fanático del cine clásico y las películas del oeste que, siempre con el cigarrillo en mano y el otro brazo libre apoyado en su cadera, contaba en silencio y con los ojos cerrados. Mascullando en susurros, mientras el humo escapaba de sus labios y le temblaba el pulso.

Aunque no era muy espaciosa, la habitación sí estaba bien distribuida. A su izquierda, justo al lado de la puerta, habían conseguido colocar una cama individual y frente a esta, junto a la ventana, el lugar de estudio. Al sacar la cama de matrimonio fuera, el espacio quedaba mucho más despejado. Así que Valentina pudo colocar un escritorio sencillo y un mueble con cajones que Martina se había empeñado en que comprara porque iba a juego con el material de los biombos del piso. El único armario de la casa era compartido y también estaba fuera, con la cajonera

de Martina y el resto de mobiliario que componía su anterior habitación.

Para Valentina no era problema, de momento. Pese a que con el cajón que su hermana le había cedido le bastaba, intuía que pronto tendría que comprar algo que le permitiera colgar sus vestidos. Un perchero, quizá. El plan no era pasar todo el verano con el vestido de girasoles y el único *short* vaquero que había traído. Su ropa seguía esparcida en la maleta, y como por falta de espacio su hermana había aprendido a vivir sin tabla de planchar, se negaba a vestir con lo que había traído.

Todavía tenía dinero suficiente para seguir amueblando el cuarto, pero Ikea estaba a más de treinta y cinco minutos en coche. Y Martina no tenía. Al parecer, no había mucha gente en Florencia con permiso de conducir y coche propio. Por lo que recordaba, las calles eran tan estrechas que los coches dudosamente las atravesaban. Todavía le costaba asimilar que los autobuses públicos de la ciudad fueran capaces de colarse por aquellas estrecheces.

Había conseguido la cama y el escritorio gracias a un pedido *online* hecho justo antes de mudarse y a que el día de la entrega su hermana tuvo el día libre en el trabajo. Montarlo todo había sido tan agotador que no se imaginaba tener que hacer lo mismo con lo que le faltaba. Al menos, se apañaba con un taburete a modo de silla. Y no sería un problema hasta empezar la universidad.

Para eso faltaba la eternidad de todo el verano. No había prisa.

Los chillidos de los niños y sus madres reverberaban entre las cuatro paredes pintadas de un color entre violeta, malva y un azul extraño. Valentina se asomó a la ventana con cuidado, explotando las burbujas del plástico protector con el que había envuelto sus cosas antes de mandarlas. Quizá, si conseguía que la escucharan explotar las pompas con más fuerza, se callarían y la dejarían pensar en paz. Imaginó a los niños de la calle asustados al escuchar las pequeñas explosiones, como sonidos de lejanas bombas, y a sus madres llevándolos lejos de allí.

El patio interior de aquel edificio, sin duda, había sido una idea pésima. El arquitecto ideó una comunicación libre con la calle, y muy probablemente con la parte trasera de la pizzería de Ezio. El humo del horno llegaba a todos los rincones, y el delicioso aroma a especias, queso y tomate daba hambre a todas horas. Y, sin aire acondicionado que le permitiera cerrar la ventana, estaba expuesta a aquella tortura todos los días.

Con la mente en aquella especie de plaza empedrada y un diminuto jardín con bancos de piedra, Valentina se fijó en los dos muchachos que se empujaban hacia el centro. Uno de ellos llevaba puesto un mandil a cuadros blancos y rojos. Hablaba acalorado, al ritmo de las sacudidas de sus brazos, tratando de alcanzar al que discutía con él, que andaba de espaldas. Reconoció a los hijos de Ezio. De manera inconsciente, dejó de explotar burbujas de plástico para poder escucharlos.

—Si no te gastaras el dinero en esa basura, no tendrías problemas. —El rostro de Lucca parecía desencajado. Las mejillas, de nuevo acaloradas y el pelo, revuelto.

Andrea consiguió alcanzarlo para devolverle el empujón.

—Que no me gasto el dinero, deja de decirme lo que tengo que hacer.

—Subnormal. ¿Para qué quieres una máquina que echa humo?

Al escucharlo, Valentina recordó su visita al restaurante para entregar los paquetes que le habían llegado por error.

—Sabes que no es eso.

—¡Déjate de tonterías y trabaja! Eso es lo que tienes que hacer. Y dejar de meterte más mierda en el cuerpo. No te hagas el tonto, sé lo que haces cuando pones el teléfono en modo avión y desapareces toda la noche —le recriminó, dándole un palmetazo en el pecho. Valentina sintió la violencia de la sacudida en su propio cuerpo—. No soy gilipollas, Andrea. Conozco a esa gente con la que te juntas, y por tu culpa saben cosas que no deberían.

—Te estás llenando la cabeza de películas que te montas tú solito, Lucky. ¿Qué van a saber?

—Saben dónde vivimos, quiénes son los proveedores del negocio de tu familia. ¡Siguieron a tu hermana pequeña al colegio, joder! ¿Es que les debes dinero?

Andrea permaneció inmóvil ante aquella confesión. Lucca y él compartieron una mirada cargada de gravedad. En ese momento, Valentina se sintió una persona horrible por estar metida en aquella conversación sin ser vista ni invitada. Se notaba que era un asunto que se enturbiaba por momentos.

—¿Qué? —La voz ronca de Andrea cortó el silencio. Acto seguido, se pasó una mano por la cabeza.

—La siguieron un tiempo —prosiguió Lucca, algo más calmado. Se pasó la mano por el pelo como si le estorbara, imitando a su hermano—. Antes, solo alguna vez por semana; más tarde, casi todos los días. A la ida y a la vuelta. Le dije lo que tenía que hacer si alguno se acercaba demasiado...

—Pero eso no es malo, Lucky Luke. —Andrea le restó importancia con un movimiento de la mano. Aunque la tensión de su mandíbula denotaba que aquella información no era tranquilizadora.

—Que no me llames así. —Lucca le dio la espalda. Su hermano cogió aire y fue detrás de él. Habían bajado la voz—. Lo que menos tengo es suerte —masculló, dándole una patada a una piedra, que rebotó sobre una de las rejas—. Lucky —rió con burla—, vaya gilipollez de apodo.

—Es porque nos protegen. Querrían asegurarse de que Alda llegaba bien, eso es todo —dijo Andrea, volviendo al hilo de la conversación. Negó muy rápido con la cabeza en ambas direcciones.

Desde aquella distancia, Valentina no alcanzaba a distinguir con claridad la expresión del muchacho de ojos azules, pero sin duda, no era buena. Andrea puso las manos en alto, sobre el pecho, con la intención de frenar un posible ataque.

—Ve y cuéntaselo a tu padre, a ver si a él le hace gracia que escolten a su hija de doce años todos los días una panda de yonquis.

—No empieces.

—No, porque como empiece...

—¿Qué? —Andrea lo retó—. ¿Vas a pegarme?, ¿otra vez? —Le golpeó el hombro con un palmetazo, provocándolo—. Solo sabes hacer eso, ¿no? Enfadarte y zurrar. Por mí, bien —aceptó—, puedo dejarte otro ojo morado si es lo que quieres. Y luego se lo explicas a papá y a Alda.

—Además de retrasado, te envalentonas muy rápido. —Andrea negó con la cabeza soltando un bufido. Se remangó ambos brazos, preparándose—. Pero no me has respondido. ¿Les debes dinero?

En ese momento, los dedos de Valentina se accionaron sin querer ante la repentina tensión visible entre ambos hermanos. Apretó tan fuerte aquella burbuja que el estruendo en el silencio se escuchó amplificado, como si un plato hubiera estallado en mil pedazos en mitad de la plaza. Sendas miradas se giraron en su dirección.

El mayor de los hermanos hizo visera con la mano; probablemente llevara gafas o lentillas, porque, por su expresión, no parecía llegar a distinguirla bien. Lucca, sin embargo, la reconoció perfectamente. Estaba rojo de furia, pero, al verla, su tez palideció un poco.

Ella se apartó de la ventana antes de que ninguno de los dos dijera una palabra. Y acabó por sentarse en el borde de la cama, terminando de explotar las burbujas como poseída. Total, ya no importaba.

—¡Dame eso! Me estás volviendo loca con ese ruido. —De un tirón, Martina le quitó el trozo de plástico—. ¿Es que tienes cinco años para entretenerte con esta mierda?

Y la dejó de nuevo sola después de dar un portazo.

El pecho de Valentina se llenó de enormes y furiosas mariposas que bailotearon por sus costillas, estrellándose contra sus huesos.

Los dedos se le crisparon queriendo atrapar el aire.

Aguantando la respiración, volvió a echar un vistazo a la ventana. Desde la cama solo alcanzaba a ver las ventanas del edificio de enfrente. En cuanto dejara de escuchar los susurros de los

hermanos, intentaría cerrar las mallorquinas de madera sin asomarse demasiado. Si quería claridad e intimidad en aquel lugar, necesitaba unas cortinas. A su hermana no le había importado que los vecinos la vieran cambiándose, pero a ella no le hacía ni pizca de gracia. Ni a ella, ni a nadie medio normal.

Sacó la tarjeta de sellos de la funda del móvil y la escudriñó como si escondiera un secreto. No quería darle vueltas a lo que acababa de escuchar, ni tampoco intentar darle sentido a aquella querrela familiar. No tenía que haber prestado atención; punto. Tendría que evitarlos cada vez que saliera del edificio. O esconderse en las escaleras cuando Leone fuese a ver a su hermana. Solo hasta empezar la universidad. Entonces, se encerraría a estudiar y no habría problema. Un plan sin fisuras.

Pese a que nada le apetecía más que dejarse atrapar por la esencia de Florencia, su hermana había conseguido llenarle la cabeza de preocupación. Tanto que, si notaba que alguien andaba demasiado cerca de ella, Valentina se daba la vuelta y regresaba a casa. Apenas había conseguido pasear sola más de quince minutos. Ida y vuelta al supermercado, bajando la calle. Lo más emocionante que había explorado había sido un establecimiento veinticuatro horas compuesto únicamente de máquinas expendedoras que calentaban hamburguesas, los contenedores de basura de su barrio, una zona para aparcar motos con una distribución muy extraña y poca señalización, y un puesto de libros y vinilos de segunda mano que aparecía y desaparecía los sábados por la mañana, justo en su calle. El señor era muy amable, pero no entendía ni una palabra de italiano. Vestía únicamente con lino blanco y llevaba el cabello recogido en una coleta gris. Saludaba a Martina con efusividad cuando la veía; ella le respondía con una sonrisa.

# 3

## *Olía a cloro*



Le pidió por favor que le dejara buscar el cargador de su móvil.

Valentina se dio toda la prisa que pudo rebuscando en su maleta, por la cama y debajo de esta. No dio con el cable y su hermana le indicó que se le había acabado el tiempo.

—¿Y si me pasa algo? —protestó—. Me voy a quedar sin batería, tirada en la calle.

—No te va a pasar nada —zanjó Martina, impaciente.

—Claro, tendré cuidado con los camellos y carteristas. Y, si necesito algo, te pego una voz.

—Perfecto. —Convencida, Martina la empujó hacia la puerta, asintiendo.

Su hermana pataleó, indignada.

—Me van a comer los mosquitos —contraatacó.

—Ve a la farmacia y compra repelente. ¿Qué te digo? También puedes quedarte en el pasillo. Así podremos hacerlo en tu cama, para que nos escuches.

—Eres una asquerosa.

—Que sí, ¡pírate!

—No toques mi cama. —Valentina hizo un pulso con su hermana, sujetando la puerta, ayudándose también con la rodilla. Martina se puso roja por el esfuerzo—. Si le haces una arruga nueva a las sábanas, lo sabré.

—Tranquila, Vale. No tocaremos tu cama.

La chica sintió cómo sus músculos se congelaban al escuchar de nuevo aquella voz. Leone era difícil de describir, pero más difícil de hacerlo era su voz: ni juvenil ni adulta, ni grata ni desagradable. Simplemente, cuando hablaba —especialmente cuando se dirigía directamente a ella—, sentía escalofríos. Y esa sensación nunca le había traído nada bueno.

Se apartó de la puerta para dejarlo pasar. Leone la rodeó despacio, después de haberla mirado de arriba abajo mientras su hermana entornaba aún más la puerta. Sonreía de una forma inquietante, como si estuviera a un segundo de enloquecer. En eso le recordaba a Martina.

—Divertíos —masculló, pero ninguno le contestó.

Los *shorts* le apretaban, se pegaban a sus muslos y a su cintura, provocando más calor. Al andar notaba el roce de la tela contra su piel.

Al principio se negó a moverse del pasillo: Martina la había sorprendido mientras ordenaba su colección de polaroids, sentada sobre la cama y vestida únicamente con un pareo de playa y la ropa interior. Hacía tanto calor que era incapaz de dejarse puesto el pijama. Pero tampoco podía pasearse por la habitación en cueros, o los vecinos del bloque colindante podrían verla.

Solo había tenido cinco minutos para buscar algo limpio, revolverse el pelo y calzarse las zapatillas. Su móvil estaba a un cinco por ciento de apagarse y, aunque hubiera encontrado el cargador, no habría podido cargarlo en ningún sitio.

Su plan perfecto no había consistido en acabar en el corredor del edificio, con unos vaqueros apretados, una camiseta llena de arrugas, sin batería en el teléfono y sintiéndose a punto de derretirse. El pelo suelto se le pegaba al cuello y a las mejillas. Era una de

las sensaciones que más odiaba en el mundo. Eso y sentir ráfagas de aire caliente golpeándole en la cara. Por suerte, cuando se atrevió a poner un pie en la escalinata del portal, pudo comprobar que la temperatura en el exterior había comenzado a bajar. Se sentó en el último escalón. La aplicación del tiempo de su móvil le indicó que se encontraban a veinticinco grados.

Aquel verano sin aire acondicionado iba a ser demasiado largo.

Al encender los datos, comenzaron a saltarle notificaciones en la pantalla. Y aquellas que no quería ver se acumularon en la barra de mensajes. Se resistió a pulsar sobre el número rojo.

Ni siquiera le había hablado por mensajería privada. Le había escrito por Instagram. Y ella había sido tan imbécil que no le bloqueó el perfil después de la despedida. Vaya despedida.

Tomando aire, a punto de perder de nuevo los nervios, se dio cuenta de que estaba alisando de manera inconsciente su camiseta, como hacía con todos los vestidos. Fue cuando vio el primer mosquito sobre su muslo izquierdo; después sintió el escozor. No reaccionó lo suficientemente rápido, pues, segundos más tarde, vio otro sobre su otra pierna y, al mismo tiempo, sintió un pinchazo leve en el brazo.

—Ey, Valentina. —Una voz familiar la sacó de su pelea con los insectos. Sorprendida, giró la cabeza hacia la izquierda, en busca de quien la llamaba—. Ven adentro o te van a comer viva.

Andrea se colgó del tirador metálico de la puerta de la pizzería, invitándole a entrar con un gesto de la cabeza mientras se balanceaba. Ella se abrazó las rodillas sin saber qué hacer. No quería más sorpresas. Quería que la dejaran en paz.

—Tu hermana me ha escrito —insistió el chico. Se encogió de hombros, esbozando un inicio de sonrisa cargado de seguridad—. Dentro tenemos aire acondicionado —dijo, mirando hacia la fachada—, un cargador de iPhone y... no hay mosquitos.

—¿Tienes un cargador de iPhone?

Andrea se soltó de la puerta y dio unos pasos hacia ella. Se acercó para tenderle la mano y ayudarla a levantarse. Ella observó aquella mano llena de pecas antes de aceptarla.

—Sí —rio el chico. Sus ojos eran marrones oscuros, en contraste con su piel clara, llena de lunares. Llevaba el pelo rapado al dos, algo más corto por ambos lados de la cabeza, y sus rasgos eran más afilados y rectos que los de su hermano menor. Se notaba el parecido entre ambos, pese a que eran muy diferentes. Andrea era más alto que el chico rubio y, a su lado, se notaba mucho más delgado—. Se lo pedimos a Lucca.

Valentina frenó en seco, barajando esa opción. Pero Andrea tiró de ella para que entrara en el local. La primera oleada del aire acondicionado le arrancó un placentero suspiro; la segunda, le apartó el pelo de la cara, y el mal humor descendió en picado.

—Esto es mejor que el cargador. Ya no me hace falta —suspiró, complacida.

Andrea se echó a reír al escucharla. Tuvo que guiarla entre las mesas para cederle un asiento en la más retirada de todas, cerca del baño. Era la única con mantel hule y estaba llena de cuadernos y bolígrafos de colores. Valentina se sentó frente a una adolescente, que la escrutó sin miramientos durante más tiempo del deseado. Al cabo de los primeros minutos, se revolvió en el asiento mientras esperaba a que la chica hablara.

—¿Quién eres? —le preguntó esta al final. Tenía los ojos grises y los mismos rasgos juveniles de Lucca le enmarcaban el rostro. El cabello del mismo color, recogido en una cola de caballo que le caía por uno de sus hombros. Un poco más castaño, quizá.

—Valentina —contestó la aludida. Apoyó los codos sobre la mesa, sin saber bien qué más decir.

—Es la hermana de Martina —explicó Andrea. Le ofreció un vaso de agua, que ella agradeció en el alma—. Y acabo de salvarla de una oleada salvaje de mosquitos.

—Son terribles —coincidió la chica—. Soy Alda —se presentó. Esta vez evitó mirarla a los ojos, centrada de nuevo en los apuntes de su cuaderno.

—Sí, es Alda. —Andrea se burló de su tono—. Y no deja de estudiar ni en verano —señaló. Se apoyó sobre una de las sillas,

echándole una ojeada a las hojas garabateadas de su hermana. Había números en todos los colores, con fórmulas escritas en cuadros y bocadillos resaltados con rotulador.

—He suspendido matemáticas —explicó Alda, sin levantar la vista del papel—. Y necesito sacar una buena nota para mejorar la media. No quiero dedicarme a hacer pasta cuando deje la escuela. En realidad —continuó—, todavía no entiendo cómo he suspendido —masculló, con una mueca de horror en el rostro.

—Nadie lo entiende. —Su hermano la abrazó por la espalda.

—Andrea, ¿no tienes cosas que hacer? Se lo voy a decir a papá —protestó la chica.

—Eres un bicho, Alda Serra.

Alda le sacó la lengua a la vez que lograba apartarlo de un codazo. Colocándose correctamente el delantal, el mayor de los Serra las dejó a solas en la mesa, al tiempo que Valentina se preguntó qué era lo que su hermana le había dicho al chico exactamente. ¿Qué la acogiera mientras ella se acostaba con su ex tóxico? ¿Andrea y Martina también tenían ese tipo de encuentros? ¿Qué tipo de amistad compartían?

—¿Por qué estabas en la calle? —Alda no perdió el tiempo.

—¿Y por qué no? —Valentina se cruzó de brazos sobre la mesa. Ambas se aguataron la mirada unos segundos.

—Aparte de lo obvio...

—No estaba tan mal en la calle, en serio. En Milán los mosquitos son todavía más grandes. Y, encima, me dan alergia.

—¿Vives en Milán? —Los ojos grises de Alda se abrieron hasta su tope.

—Vivía. Bueno, he vivido allí toda mi vida —explicó Valentina, ladeando el cuello.

—Y te has venido con tu hermana.

—Es complicado. Pero, en resumen, sí. Estoy en casa de Martina. Y en casa de Martina hay unas absurdas reglas que se deben cumplir.

—Te echa a la calle en su día libre para tener intimidad —comprendió Alda. Valentina frunció el ceño—. Al menos no te dice que te pongas música —apuntó.

¿De dónde había salido aquella niña?

—Creo que me estás provocando un *déjà vu*.

—En serio, lo de la música es peor.

Ambas rieron.

—Lo sufrí la semana pasada.

—En el último día libre —Alda ató cabos.

Valentina asintió.

—Veo que Martina es conocida por aquí —masculló.

Alda dejó el bolígrafo y también se cruzó de brazos sobre la mesa.

—Martina y Andrea son muy buenos amigos —explicó asintiendo—. Todos la conocemos. Pero a ti no —puntualizó con énfasis, moviendo las cejas.

—Yo he venido poco por aquí —confesó—. En vacaciones, cuando era pequeña. Y una Navidad. Pero, por aquel entonces, Martina no vivía por su cuenta y hacíamos planes familiares.

—¿Ya no hay planes familiares?

—No, salvo que he venido para trabajar en nuestra relación de hermanas.

—Qué tontería —exclamó Alda, palmeando en la mesa—. Tengo dos hermanos que estoy deseando perder de vista. —Eché una mirada por encima de su hombro por si Andrea la escuchaba, pero estaba ensimismado canturreando en la cocina—. Uno es demasiado inmaduro para su edad y piensa que sigue teniendo dieciocho años. —Señaló de manera inconsciente en dirección al mayor—. El otro es demasiado maduro para su edad, pero, como no es capaz de controlar todo lo que le rodea, se comporta como un auténtico crío.

—Eres muy joven para realizar ese tipo de análisis —apuntó Valentina.

La adolescente le dio la razón. Su semblante serio daba miedo.

—Estuvieron en terapia, es lo que escuché. Han tenido problemas —explicó, bajando la voz—. Por eso estoy aquí: soy el equilibrio. Si me ven en medio, piensan mejor cómo actuar. Así que así será todo mi verano.

Valentina recordó la escena del día anterior, de ambos hermanos enfrentándose en la plaza de su edificio. ¿Andrea la habría reconocido?

—Vaya. ¿No se llevan bien? —Se hizo la sorprendida.

—Chocan demasiado.

La puerta se abrió soltando un chirrido que las hizo volverse. Alda se revolvió en el asiento y le lanzó un beso por el aire al chico que atravesó la estancia. Este saltó unos palmos, simulando que lo atrapaba al vuelo. Se lo llevó al pecho y miró a la chica, que negó apretando los labios en una mueca.

—Qué tonto eres.

—Igual que tú, simpática —contestó Lucca. Al saltar, la mochila que llevaba al hombro había caído al suelo. Se agachó a recogerla y Valentina aprovechó para desviar la mirada—. Hola —la saludó con un tono encantado, sorprendido al reconocerla.

—Hola. —Valentina se negó a mirarlo de nuevo. Estaba segura de que la tarde anterior la había visto asomada a la ventana. No quería que pensara que era una cotilla, pero tampoco tenía idea de cómo iba a explicárselo. La culpa la habían tenido ellos por pelearse en una zona pública. Ella no había salido de su habitación.

Con la mochila de nuevo al hombro, Lucca arrastró los pies hasta la mesa donde estaban. Llevaba el pelo mojado por las puntas y las cejas despeinadas. Quizá era por la luz, pero sus ojos lucían mucho más oscuros que la tarde anterior. Y su cabello más dorado y menos ceniza.

—¿Cómo se ha dado? —le preguntó su hermana. Dejó a un lado sus apuntes para prestarle atención.

—Mal —Lucca estiró el cuello hacia la dirección de Valentina, como excusa para mirarla—, todavía me duele la espalda y el hombro. No consigo que mejore. —Tiró de su camiseta varias veces

por la zona del cuello para que el aire acondicionado le secara el sudor del cuerpo. Ahogó un jadeo de placer—. Van a terminar echándome —masculló en voz baja, alejándose de ellas unas zancadas.

Ambas chicas pudieron escuchar cómo la mochila voló por los aires antes de estamparse contra Andrea, que, desde la cocina, soltó un alarido de sorpresa.

—Ya empiezan. —Alda se tapó la cara con las manos—. Son unos críos —protestó. Con la mirada, pareció pedirle ayuda a su nueva amiga. Pero esta se limitó a encogerse de hombros, por lo que Alda tomó aire con calma antes de amenazar a los muchachos con llamar a su padre por no dejarla estudiar. Los hermanos guardaron silencio al instante, como si se hubieran quedado solos.

Fue cuando Lucca se acercó de nuevo a ellas. Vestía con ropa deportiva: camiseta de algodón blanco y bermudas negras por encima de la rodilla. Y chanclas de una sola tira, que parecían ajustarse con velcro. Valentina reconoció la marca Speedo, grabada como un rayo, justo encima de la tira de goma. Desde ese momento, Lucca le llamó más la atención. Olía a cloro.

—¿Te gustan? —le preguntó este, siguiendo su mirada a las chancletas.

Valentina carraspeó, tratando de no volver a enrojecer. Debía aprender a no clavar la vista durante tanto tiempo cuando algo le llamaba la atención.

—¿Nadas? —le respondió con otra pregunta. Sabía que su hermana no soportaba que lo hiciera. Sonrió al recordarlo.

Para su sorpresa, Lucca enarcó una ceja y retrocedió unos centímetros, lleno de interés.

—Vaya, me han delatado antes las chanclas que el pelo mojado y el macuto. —Agarró una silla y la volteó de modo que pudo apoyarse en el respaldo con los brazos al sentarse.

Alda, a su izquierda, aprovechó para revolverle la cabeza. Se apartó veloz para que su hermano no pudiera alcanzarla.

—Con el calor que hace, no me ha parecido extraño que llevaras el pelo medio mojado —contestó Valentina, encogiéndose de hombros.

Lucca pareció conforme ante la respuesta.

—Bueno, has obviado el hecho de que apesto a cloro. —Valentina coincidió con aquello, pero no, no lo había obviado. En aquel instante se recordó echando de menos ese olor; tenerlo en la piel incluso después de haber usado su gel favorito con esencia de higos—. Desde que me lesioné, no nado tanto como me gustaría. Chapoteo —aclaró Lucca.

La forma familiar que tenía de mirarla a los ojos comenzó a ponerla aún más nerviosa. El chico era claro y abierto; la evaluaba sin que le importara lo más mínimo la reacción de ella.

—Te he visto nadar lesionado y eres un exagerado. —Alda aguantó la risa.

—La verdad es que sí —se burló él.

—Lucca se está preparando para los nacionales, ¡así es de bueno! —exclamó Alda, volviendo a levantar la vista de los apuntes.

Lucca negó de seguido con la cabeza. Su pelo, que parecía cambiar de color conforme le diera la luz, le cayó por la frente.

—Qué va, entrenaba para los nacionales. En pasado —corrigió con amargura—. Ya no tengo esa fe. —Se removió en el sitio, intranquilo—. En fin, ¿lo necesitas? —Le tendió a Valentina un cargador blanco, que parecía recién estrenado.

Ella sintió que el corazón se le aceleraba. Sacó su móvil del bolsillo trasero del pantalón para escudriñar la pantalla. Al olvidar desactivar los datos, las notificaciones habían ido en aumento. Uno por ciento de batería.

—No, gracias. Estoy bien. —Bloqueó el teléfono antes de dejarlo sobre la mesa.

Ignorándola, Lucca se irguió sobre ella para alcanzar la pantalla del móvil y, con un toque de su dedo, hizo que se iluminara. El icono en rojo de la batería parpadeó en la parte superior. También el fondo de pantalla de Valentina, que vio al chico asentir con aprobación

a la ilustración de una piscina dividida en cuatro calles, con sus marcas en forma de T, los pódiums y las corcheras de colores.

—No voy a cobrarte por dejarte el cargador —le aseguró—. Carga el teléfono un rato, no deberías salir de casa sin estar disponible.

Alda, que también se había quedado mirando la imagen de la pantalla, ladeó la cabeza, mirándolos a ambos de hito en hito.

El chico tenía razón, por lo que Valentina prefirió obviar el tema y agradeció el gesto. Lo enchufó justo en la pared de su derecha y desactivó los datos del teléfono para evitar seguir tentada de mirar las notificaciones. Quería eliminar los números en rojo sin que le costase un drama. Después de haber puesto un pie en Florencia, no había sido capaz de abrir de nuevo una conversación en concreto.

—¿Tienes Instagram? —le preguntó entonces Alda—. Lucca me lleva la cuenta. Le voy a decir que te siga —propuso.

Al escucharla, su hermano se pasó la mano por el pelo con impaciencia.

—Mi móvil es más tuyo que mío —protestó.

Alda abrió mucho los ojos, suplicando.

—Por favor...

—Si ella quiere —resolvió el chico, lanzando el balón al tejado de Valentina. La observó sin pestañear, retándole a contestarle a la niña.

Mirando a Alda, Valentina contestó:

—¿Le dejas que vea tus conversaciones privadas?

—Es una menor —se justificó Lucca, sin dar lugar a que su hermana pudiera responder—. He tenido su edad, sabes que le estoy haciendo un favor. Si quiere un perfil en redes sociales, ya sabe lo que hay —zanjó.

—Pero no es del todo justo.

Lucca apoyó los puños sobre las rodillas. De manera inconsciente, su cuerpo siguió el camino hacia el de Valentina, pero el respaldo de la silla le impidió llegar hasta ella.

—Le estoy enseñando a estar en una red social. No es un juego y solo tiene doce años. Lo que no es justo es que los niños se expongan sin cabeza y que nadie les pare los pies hasta que es demasiado tarde.

—Espero que no uses el perfil de tu hermana para espiar —se atrevió a verbalizar Valentina, escogiendo un rotulador naranja de la colección de la adolescente.

La carcajada de Lucca le hizo enarcar una ceja. Al reír de aquella forma tan auténtica, nacieron de sus ojos unas finas arrugas a ambos lados. Desaparecieron tan rápido como la risa cesó.

—Me estás diciendo que no te espíe con el perfil de mi hermana, ¿no? —Por un momento, Valentina creyó verlo sonrojarse.

—Sabes leer entre líneas.

La lengua de Lucca se deslizó de manera breve por el borde de sus labios rosados. Valentina no entendió si aquel gesto representaba un pensamiento inconsciente o una burla hacia ella.

—Tendrás que darme tu usuario, entonces —resolvió Lucca—. Así puedes estar tranquila de que no te espiaré desde la cuenta privada de una menor.

De nuevo, el golpe seco de su corazón dándole una patada en el pecho. O las mariposas de la ansiedad destrozándole las costillas para dejarla sin aire. Notó las mejillas encendidas. Por su parte, Alda siguió observando en silencio las reacciones de ambos, sin perderse detalle.

—No sigo a gente que no conozco. —Esta vez fue Valentina quien trató de zanjar la conversación. Carraspeó antes de devolverle la mirada. Quiso aparentar seguridad, pero, por la reacción del chico, no lo consiguió. Ambos se encontraron en un absurdo tira y afloja que no habían planeado.

—¿Debería ofenderme? Estás en el restaurante de mi familia. Estamos manteniendo una conversación desde hace rato —señaló Lucca, sin tratar de parecer molesto, haciendo espasmos con las manos al hablar.

Alda asintió en favor de su hermano.

—Seguro que a Vita no le hará gracia que vayas siguiendo a chicas desconocidas en Instagram —se burló con seriedad.

Lucca reaccionó poniendo los ojos en blanco, lo que a Valentina le recordó a su hermana. Y se preguntó cuándo podría regresar al piso.

—No te metas, pesada.

—Pues avisa cuando venga, paso de escucharla renegar. —Alda imitó el gesto despectivo de su hermano, balbuceando con burla.

—Pero si no hablas con ella.

—Ya, y se supone que tú tampoco. —Lo fulminó con la mirada. Lucca y ella aguantaron firmes hasta que tuvieron que pestañear. La niña siseó molesta, pestañeando con gravedad para que los ojos dejaran de escocerle. Antes de que su hermano volviera a protestar, se giró hacia Valentina—. ¿Tienes novio? —preguntó con descaro.

—Alda. —Lucca levantó la voz con una seriedad repentina. La niña se limitó a encogerse de hombros. Su coleta bailó en el aire—. Eso es personal, ¿ves por lo que no puedes tener redes sociales?

—¡Estoy socializando! A ti también te asalta la duda, no me mientas —lo acusó.

Valentina no quiso mirarlo de nuevo. Lo escuchó tomar aire con fuerza. Antes de contestar a la pregunta, negó con suavidad. Por el rabillo del ojo visualizó los dedos de Lucca estirarse sobre sus rodillas.

—No, nada de nada.

—Lo dejaste en Milán, ¿verdad? Por eso viniste aquí.

—¡Alda! Para.

—Si vuelves a levantar la voz, se lo diré a papá. Y ya sabes lo que hará —amenazó la niña.

Tras aquello, la mandíbula de Lucca se tensó antes de que, tras un impulso, dejara la silla de nuevo apostada en su sitio en la mesa. Respiró hondo durante unos segundos eternos, observando sus chanclas o el suelo marrón de juntas blancas. Sin que ninguna lo

esperara, tiró el móvil sobre la libreta de la mesa, asustándolas a ambas por el golpe, y marchó hacia la puerta, dándoles la espalda.

—Dile a papá lo que quieras.

—¿Adónde vas? ¡Lucca!

Su hermana salió corriendo detrás de él. La puerta se abrió con violencia y Alda la sujetó antes de que golpeará contra la pared. Asombrada por haberla parado a tiempo, resopló antes de reemprender la carrera.

Valentina la escuchó gritar el nombre de su hermano calle abajo. La imaginó corriendo por la misma dirección que ella tomó tratando de explorar el barrio unos días atrás; pero su imaginación dejó de ver a la niña una vez hubo llegado al supermercado, pasando los contenedores. No sabía qué había más allá. Intuía varios establecimientos. Más máquinas expendedoras, quizá.

—¿Qué ha pasado?

El mayor de los tres hermanos hizo acto de presencia después de que la puerta se cerrara haciendo vibrar la cristallera entera. Se limpió las manos de harina en el mandil que había llevado Lucca el día anterior, mirándola sin comprender.

—Creo que tus hermanos han discutido. —Fue lo que su invitada logró decir.

Andrea se dirigió a la mesa, donde el móvil de Lucca comenzó a vibrar. El nombre de Vita parpadeó un par de veces antes de que en la pantalla se materializara el rostro más bonito que Valentina había visto nunca. Parecía una auténtica obra de arte hecha persona. Al menos, en aquella fotografía que el dueño del teléfono había elegido para guardar su contacto en la agenda. Vita era castaña de mechas naturales y penetrantes ojos verdes. Llevaba los labios de rojo y muchos collares dorados superpuestos sobre su cuello a modo de gargantillas. Guiñaba el ojo a la cámara, con una mano bajo su barbilla. En ella, aquel gesto quedaba elegante. Valentina había visto a pocas personas a las que se les daba bien posar de aquella manera. Ella era una de las que ni lo intentaban.

Al cuarto tono, Andrea atendió la llamada:

—Ya sabes quién soy —resopló—. Sí, se ha dejado el móvil. Sospecho que adrede. —Hizo una pausa—. Déjalo en paz, Vita. —Y colgó.